XIV

Lógica.

Jacobo se levantó con el alba; pero ya halló á Florencia haciendo su almuerzo á la luz del candil, que se ostentaba flamante y como nuevo, despojado de la mohosa capa que durante tantos años le habia vestido.

—¿Para qué te levantas tan temprano? preguntó Jacobo con cariño.

—Para hacerte el almuerzo, y que te le lleves al trabajo, respondió Florencia.

—Yo no almuerzo nunca más que un pedazo de pan.

—Es que nunca hasta ahora he sido tu mujer; pero desde hoy te llevarás una tortilla de tocino, ó una buena racion de arroz con morcilla.

Jacobo calló: más de allí á un instante, dijo:

—¿El bigardo de Ramon aún estará durmiendo, eh?

—No por cierto; le mandé yo á casa de madre.

—¿A qué?

—Por un fajo de sarmientos.

Florencia mentia: aún no habia visto al muchacho, que dormia á pierna suelta; pero Dios perdona las piadosas mentiras, que ahorran dolores á nuestros hermanos.

—¿A dónde vas? preguntó Jacobo al ver que tú mujer salia de la cocina, despues de dichas las anteriores palabras.

—Voy al granero por un pan.

—¿Hay pan en casa?

—Ya ha estado madre hoy, y me ha traido una docena de la última masada que yo hice.

—¡Eso, pan duro! murmuró Jacobo, cuyo carácter tenia un irritante fondo de amargura.

—Le amasé ayer de madrugada, Jacobo; y yo rogué á mi madre que me enviara de él para que tu comieras *el pan de la boda,* amasado por mi mano, que dicen es primorosa para eso.

Florencia rió grandemente la alabanza que se daba á sí propia, y luego subió la escalera cantando á grito pelado.

Al oirla subir, Ramon se sentó en su cama despavorido.

El pobre muchacho, que en su vida habia dormido en tan buen lecho, habia pasado, al ménos él así lo creia, la noche en un soplo.

—Vístete corriendo, y ve á casa de mi madre por un fajo de sarmientos, le dijo Florencia en voz baja: corre, que tu padre piensa que ya estas allá.

Ramon obedeció: Florencia entró en el granero, tomó el pan, volvió á la cocina, y cerró la puerta, con el pretexto de que el aire gastaba mucha lumbre, para que Jacobo no viese pasar á su hijo.

Diez minutos despues entraba éste cargado con un haz de sarmientos.

—¿Por qué te pones hoy ese vestido? preguntó airado Jacobo.

—¿Cuál me he de poner? respondió el chico con insolencia.

—El que llevabas antes: ó si no, uno de golpes que te daré yo, para qua aprendas á bajar la vista cuando te hablo.

El iracundo padre habia cogido las tenazas, con intencion de hacerlas volar hácia la cabeza de su hijo.

—Ramon, no tengo agua, dijo Florencia: ¿no querias traerme un cantarito de la fuente?

—El chico no respondió nada, tomó el cántaro, en tanto que su madrastra contenia el brazo amenazador de su padre, y salió mirando á éste de reojo.

—Jacobo, dijo luego que sintió los pasos de Ramon en la calle: el chico se ha puesto ese vestido, porque se lo encargué yo.

—¿Cuál se pondrá en rompiéndole?

—Dios dará para otro: que Dios da siempre para todo lo que es bueno y justo.

Nada halló que contestar Jacobo: su mujer continuó:

—Mira, marido mio, no pegues á Ramon: me hace daño verlo: y además el chico se acostumbrará á los golpes, y cada dia tendrás que darle más.

—¿Y qué he de hacer con él, si es tan indómito?

—Tú nada: dejame á mí.

—¿Tú quieres lidiar sola con él?

—Sola, y sin pegarle, verás que le vuelvo un muchacho pundonoroso y honrado.

—¡Bah ¡bah! para gandules como él, no hay como firme garrotazo!

—Te engañas: ¿quieres que te cuente un sucedido, que presenció el señor Cura en el vecino pueblo de Pinseque?

—Veamos, dijo Jacobo, sonriendo á su pesar, y apoyando la mejilla en su mano.

—Te peinaré entre tanto: ea, ven acá: tienes un pelo tan hermoso, que me da gusto arreglarle.

Florencia puso manos á la obra, y continuó:

—Pues señor, has de saber que en el pueblo de Pinseque habia un rico hacendado hace muchos años: era viudo, aunque muy jóven, y tenia una niña de tierna edad.

Por mirar por aquella criatura, más bien que por amor, se casó con una muchacha jóven, bonita, y que le queria mucho: el señor Cura de aquí era el confesor de la jóven, y cuenta que le dijo:

—Rosalía, no te metas tú en castigar á la hija de tu esposo; cuídala y enséñale lo que puedas; pero si comete faltas, díselas á su padre: él que lo és, tiene la sagrada obligacion de castigarlas.

Rosalía siguió los consejos del señor Cura: pero ¿qué sucedió? Aquella hija nunca cometió faltas para su padre, quien, por otra parte, no queria tomarse la pena de castigarla: y tantas veces dijo á su mujer "castígala tú," que la inocente empezó á corregirla, creyendo que así le daba gusto.

Pero, ¿quién cree á un padre cuando dice: *castiga á mi hijo*? Tú mismo, Jacobo, empezarias á querer á Ramon el dia que yo pusiera la mano en él.

Rosalía empezó por encerrar un dia á la chica, y el padre torció el gesto: dejóla otro dia sin almorzar, y el padre no quiso almorzar tampoco: sin embargo, la madrastra dió órden á la criada que entrase á la niña á hurtadillas, y fingiendo que se recataba de ella, un buen trozo de carne.

La chica sacaba el génio más malo del mundo: era voluntariosa, habladora, golosa, embustera y desobediente: además se desvergonzaba cuando le mandaban algo que no le acomodaba, en ausencia de su padre; y en presencia de éste, echaba cuatro lágrimas, y sabia hacer *la mosca muerta* de tal modo, que el pobre

hombre creia que la doblaba su mujer á castigos, cuando, por el contrario, en ausencia de él, la dejaba hacer lo que queria.

Un dia tomó Rosalía la mano de la niña, y la llevó á ver su alcoba, que la tenia sucia como un basurero. Segun cuenta el señor Cura, no dijo más que estas palabras:

—¿Qué te parece del modo como tienes esto?

La chica echó á llorar á gritos: aunque pasaba poco de los siete años, tenia la malicia de un demonio, y en tanto que lloraba, se frotó bien de prisa un brazo, poniéndosele como la escarlata de encarnado.

Cuando acudió su padre y le preguntó lo que tenia, contestó, mostrando su brazo, que le habian pegado.

El padre se entró en su cuarto dando un terrible portazo.

Desde aquel dia, Rosalía dió algun cachete á su hijastra: habia visto á su marido dar crédito á la mentira de la niña, y se echó esta cuenta:

—¿Yo la sufro mil cosas por no castigarla, y su padre cree sus mentiras? Pues cuando me incomode la cascaré, que alguno la ha de corregir.

Así lo hizo; pero ¿qué adelantó? empezó por un golpe, y al cabo de tres dias, tuvo que dar dos, porque la chica era soberbia, y se reia de los golpes con tal de hacer rabiar á Rosalía: luego ésta le dió tres, despues cuatro, y por fin

un dia llevó la chiquilla una paliza tan soberana, que le dió un sofocon, acompañado de calentura, que se la llevó en tres dias.

El padre se separó de su mujer llamándola verdugo de su hija, y ella quedó con la fama de una mujer cruel é inhumana en todo el pueblo.

Florencia, al acabar estas palabras, ató coquetamente un pañuelo de seda en rededor de la cabeza de su marido.

—¿Y qué quiere decir esa historia? preguntó Jacobo que no habia comprendido muy bien: ¿no te digo yo, en vez de incomodarme como el marido de Rosalía, que pegues de firme á mi hijo?

—Es verdad; pero yo te digo que si le pego, te hará mal estómago: y así mi historia quiere decir que no te metas en lo que yo haga con él: que ni le mimes ni le maltrates, pues es tan malo lo uno como lo otro: y que cuando yo te dé parte de alguna falta muy grande, solo entonces le castigues con rigor, pues será por su bien.

—¿Quiere decir que tú primero echarás mano de la blandura y buenos tratamientos?

—Sí.

—¿Y piensas conseguir algo con ellos?

—Sí: y á lo ménos es un deber probar por ese medio.

—El del rigor es mejor, y es el que yo te aconsejo.

—Jacobo, repuso Florencia, el esposo de Rosalía se separó de ella porque ocasionó la muerte de su hija: ¿no es cierto?

—Sí.

—Pues bien: doña Agueda me ha hablado muchas veces de una hermosa historia que ha escrito un señor francés llamado *Jorge,* en la cual habia una pobre jóven, cuyo marido tenia tres hijas tan grandes como ella, que la mataron á pesadumbres.

—¿Y bien?

—Los médicos dijeron solemnemente al viudo que sus hijas habian muerto á la pobre madrastra con sus desprecios y humillaciones; pero á pesar de eso, Jacobo, el padre no se separó jamás de sus hijas, ni recordó una vez siquiera que si las hubiese apartado de su mujer, ésta hubiera vivido muchos años para amarle, en tanto que las hijas se fueren con sus maridos.

—¡Es una historia triste! murmuró Jacobo: ¿luego aquel hombre se casó con una infeliz jóven, á quien llevó al matadero como á una pobre cordera?

—¡Justamente!

—Pero si mi hijo te diese la menor pesadumbre, le mataria yo, Florencia.

—No lo creas: yo callaré las pesadumbres que me dé, aunque no pienso recibirlas de él; pero si las recibiera y te las fuera á contar, te

incomodarias: á la mujer no se la quiere lo mismo el primer año que el sexto de casarse, y al hijo ó hijos se les quiere cada año más: ¡vaya! ¿No ves que la mujer va de bajada y los hijos van de subida? A Ramon, cuando sea hombre, le querrás más que hoy: y á mí, cuando sea vieja, me querrás ménos: así, créeme, Jacobo, lo mejor que puedes hacer por mí, es dejarme obrar, y castigar á Ramon solo cuando yo te lo diga; pero entonces de firme, sin dudar y aun sin preguntarme el por qué.

Calló Florencia, y su marido la contempló con admiracion durante largo rato: su lógica era amarga, pero verdadera; y el hombre rústico é iracundo, poniendo la mano en su corazon, no pudo ménos de reconocerlo así.

—Ea, ya está aquí el almuerzo, dijo Florencia cerrando un hermoso pan, dentro del cual habia puesto una suculenta tortilla.

Y volviéndose á Ramon, que entraba con un cántaro lleno de agua, añadió:

—Trae la alforja de tu padre.

El chico obedeció.

—Ahora, prosiguió Florencia despues que hubo tomado la alforja, sube al granero, y llénale la bota de vino.

—¡Cómo! exclamó Jacobo: ¿dejas al chico ir al granero?

—¿Por qué no? ¿Es algun extraño?

—¡Se llevará cuanto haya!

—Desde ayer mañana le tiene á su mandar, y aun no ha tocado nada: pero aquí está ya el vino, y dan las seis en el reloj de la iglesia.

—Hasta la noche, dijo Jacobo echándose al hombro la alforja.

—No: hasta las doce, que iremos Ramon y yo á llevarte la comida.

—¡Si nunca he hecho más que dos comidas!

—Tampoco habia estado yo nunca contigo: con que hasta las doce: ya tengo el puchero cociendo.

—Hasta las doce, pues, dijo Jacobo abrazando alegremente á su mujer, y sin mirar siquiera á su hijo.

Florencia le siguió con la vista todo lo largo de la calle; luego que desapareció, pasó su brazo al rededor del cuello de Ramon, se sentó con él en el arca, regalo de doña Agueda, y le dijo:

—Vamos, mientras cuece el almuerzo, á hablar como madre é hijo.

XV

Lucha.

Ramon prestó atencion á estas palabras, que Florencia empezó á decirle con voz persuasiva y dulce:

—Hasta hoy, hijo mio, has sido rebelde á tu padre, y jamás le has obedecido en lo que te ha mandado: tu comportamiento ha hecho que te cobre aversion, porque las malas acciones llevan en sí mismas su castigo: al ménos así me lo ha dicho muchas veces doña Agueda. Pues bien, Ramon, yo quiero que me digas con toda franqueza, y considerándome como á tu madre, por qué razon, en vez de dar gusto á tu padre, no le das más que pesadumbres.

Florencia calló, esperando la respuesta del muchacho, pero éste no parecia muy dispuesto á darla.

—¡Qué! ¿No me respondes? continuó Florencia con extrañeza: ¿me tienes miedo?

—¡Miedo á Vd.! exclamó Ramon fijando con cariño en su madrastra sus grandes y leales ojos pardos: ¡miedo á Vd.! ¡Ni por pienso! ¡Mucho más miedo tengo á mi padre!